

# COVID-19: 8 lecciones de la primera infodemia global que deberían ser una oportunidad para las bibliotecas

## COVID-19: 8 lessons from the First Global Infodemic that should be an opportunity for libraries

ALEXANDRE LÓPEZ-BORRULL

Estudis Ciències de la Informació i la Comunicació de la Universitat Oberta de Catalunya, Catalunya  
alopezbo@uoc.edu

ORCID: 0000-0003-1609-2088

### ABSTRACT

The health crisis caused by COVID-19 brought with it the first global infodemic, in which hoaxes and denial theories roamed and roamed freely through the digital space and social networks. With the perspective of two years of pandemic, some lessons are offered that in the author's opinion should be opportunities for libraries when dealing with the phenomenon of disinformation, which although it is not new, in the case of the infodemic it has had a global type scale. Aspects such as the consumption of information via social networks, the different types of denialism and the necessary literacies in which the library community could contribute all its experience are analyzed. Finally, a series of recommendations are made for actions that libraries and the library community, collectively but also individually, could carry out in collaboration with other actors for the efficient fight against disinformation.

**KEYWORDS:** Fake news; libraries; disinformation; COVID-19; infodemia.

## RESUMEN

La crisis sanitaria por la COVID-19 llevó consigo la primera infodemia global, en la cual, bulos y teorías negacionistas camparon y campan a sus anchas por el espacio digital y redes sociales. Con la perspectiva de dos años de pandemia, se ofrecen algunos aprendizajes que en la opinión del autor deberían ser oportunidades para las bibliotecas a la hora de tratar con el fenómeno de la desinformación, que aunque no es nuevo, en el caso de la infodemia ha tenido una escala de tipo global. Se analizan aspectos como el consumo de información vía las redes sociales, los distintos tipos de negacionismo y las alfabetizaciones necesarias en las cuáles el colectivo bibliotecario podría aportar toda su experiencia. Finalmente, se hacen una serie de recomendaciones de acciones que las bibliotecas y el colectivo bibliotecario, a nivel colectivo pero también de forma individual podrían llevar a cabo en colaboración con otros actores para la lucha eficiente contra la desinformación.

**PALABRAS CLAVE:** Fake news; desinformación; bibliotecas; COVID-19; infodemia.

## Introducción

Hace unos años, pero sobre todo antes de la COVID-19, junto con Vives-Gràcia y Badell (2018) elaboramos una reflexión en la cual consideramos que las *fake news* (luego ya desinformación) eran una oportunidad para los profesionales de la información. En este artículo se da un paso más allá, por cuanto debemos hablar más bien que se trata de una necesidad de presencia y planificación. Sin duda, los cambios sociales e informacionales producidos por la COVID-19 nos acercan más a la idea de informacionalismo expresada por Castells (2004) y hacia esa idea de sociedad de la información que postulaba. En este contexto, las *fake news* o la desinformación como visión más amplia se plantea como uno de los principales retos para la toma de decisiones en base a la información. Si nos fijamos en las noticias falsas en concreto, Rochlin (2017) las define como:

“una noticia falsa se puede definir como un titular y una historia deliberadamente falsa publicada en una web que pretende parecer un sitio de noticias”

Este concepto, relacionado con los medios o pseudo-medios de comunicación es una visión más cerrada que el concepto de desinformación, que

como analizan adecuadamente Guallar et al. (2020) es un concepto poliédrico con lo que se necesita de múltiples aproximaciones para ser analizado de forma compleja. Cabe añadir también que en inglés se diferencia oportunamente entre *disinformation* y *misinformation*, por la voluntad o no de engaño, el propósito. Así, en el primer concepto existe una clara voluntad de engaño, de forma deliberada, mientras que en el segundo caso ello no sería así. En el primer caso encontraríamos los engaños geopolíticos, las teorías conspiracionistas y los bulos creados por la ultraderecha contra colectivos de inmigrantes, por ejemplo, mientras que en el segundo caso cabría añadir los contenidos viralizados muchísimas veces de gente que cae en bulos a los cuales aportan veracidad pero sobre todo plausibilidad, porque parecen creíbles.

Esta visión de la desinformación como problema para la estabilidad política y social lleva años siendo analizada por la Comisión Europea (2018) y Estados Unidos en relación a los procesos electorales y la polarización tales como el Brexit, las elecciones americanas del 2016 que enfrentó a Donald Trump y Hillary Clinton o la victoria de Jair Bolsonaro en Brasil en 2019. Autores como McNair (2017) ya contextualizaba las *fake news* como un síntoma más de la crisis de las democracias liberales, en la que incluía aspectos como el descrédito de las administraciones, la desconfianza hacia los medios de comunicación o el auge de populismos y la ultraderecha. Cabe añadir que la llegada de la pandemia en 2020 supuso un salto cualitativo al emerger el problema en lo que ya el 2 febrero de 2020 la propia OMS llamó como infodemia, es decir, el problema paralelo a la propia crisis sanitaria producida por la COVID-19, a la que cabía añadir la existencia de mucha información, una avalancha de información, mucha de la cual falsa, con la cual cosa la dificultad para tomar acertadamente decisiones o bien seguir los consejos generales emitidos por los distintos gobiernos a la hora de luchar contra la enfermedad (Hao & Basu, 2020). Acabe cuando acabe la crisis producida por el SARS-CoV-2, es evidente que habrá que reflexionar sobre el papel de los principales agentes en el intercambio de información y conocimiento como los medios de comunicación o las plataformas y redes sociales, pero también en medio de estas visiones, organizaciones como las bibliotecas, tanto públicas como universitarias deben analizar sobre cuál ha sido su papel ante la desinformación y la oportunidad que se ofrece para actuar en la lucha contra la desinformación. Revez y Corujo (2021) han analizado recientemente las prácticas documentadas en la bibliografía por parte de bibliotecas y en sus conclusiones muestra cómo “los bibliotecarios interiorizaron la llamada e inmediatamente tomaron su lugar en la primera línea contra las noticias falsas. Esta actitud de autoconfianza ha llevado a los bibliotecarios a buscar sus estrategias y métodos experimentados

durante muchos años". Muchas de dichas prácticas se basan en la formación en los distintos tipos de alfabetización, ya sea informacional o mediática.

Según mi visión, existe toda una serie de aprendizajes donde sería adecuado que las bibliotecas piensen su papel, ya sea de forma local y única, o bien en relación a las redes y consorcios de las cuales forman parte. Esta reflexión no es nueva y ha tenido lugar también en la bibliografía como por ejemplo en los artículos de Caridad-Sebastián et al. (2018) y de Martínez-Cardama y Algora-Gancho (2019), aunque considero que la COVID-19 da una nueva visión a las reflexiones anteriores y obliga a la necesidad de establecer medidas y propuestas más innovadoras y comprometidas como se discutirá en las conclusiones.

## **8 lecciones sobre la infodemia, 8 aprendizajes a futuro para las bibliotecas**

A continuación se presentan las 8 lecciones principales que podemos sacar de la COVID-19 en relación a la crisis informacional en la que nos hemos visto implicados, tanto por lo que se refiere a la desinformación como también en el cambio en la intermediación de los profesionales de la información. Como se presentará, ello va a implicar una serie de retos para las bibliotecas y organizaciones profesionales a la hora de elegir cuáles pueden ser asumidas por las distintas organizaciones intensivas en conocimiento. A su vez, algunas de estos aspectos van a implicar un cambio, es decir, pueden considerarse como una palanca de cambio para una mayor transformación digital o al menos para la creación de nuevos servicios y presencia en los medios digitales en los que los usuarios se informan. No nos referimos a las funciones tradicionales de las bibliotecas, el préstamo y la preservación de fondos, o los servicios habituales a usuarios en bibliotecas públicas o universitarias. De la COVID-19 también es posible extraer lecciones de la relación de la sociedad y los ciudadanos con la información, su consumo y dieta digital, y a partir de aquí y considerando la desinformación como realidad que va estar presente en los próximos años, plantear qué rol pueden tomar las bibliotecas para luchar contra la información.

### **No existe la equidistancia entre la verdad y la falsedad**

Sin duda, uno de los aspectos cruciales en relación a las bibliotecas se refiere al posicionamiento ante la falsedad. ¿Deben ser los profesionales de

la información neutrales entre la verdad y la falsedad? En mi opinión, no. Anderson (2017) ya se planteó algunos posibles argumentos a discutir en la relación de las bibliotecas y la desinformación:

1. Sí existe la verdad objetiva;
2. Los seres humanos están capacitados para reconocer esta verdad de forma fiable;
3. Hay que esperar que las bibliotecas ayuden a sus usuarios a distinguir entre la verdad objetiva y la falsedad y que piensen críticamente por ellos mismos (antes que conducir a los usuarios hacia una posición social o política determinada);
4. En las bibliotecas no se intenta evitar que los usuarios encuentren falsedades, sino que se hace lo posible para ayudarles a leer críticamente y llegar a conclusiones válidas y bien informadas sobre lo que es verdadero y bueno y lo que es falso y malo.

Según esta visión, pues, parecería que las bibliotecas podrían tener un papel más neutral respecto a la desinformación y ser espacios donde poder proveer de formación y herramientas para que la ciudadanía, de forma crítica, aprenda a saber discernir adecuadamente entre aquello que es falso y lo verdadero. Así, tomaría partido por ser un espacio como garante del conocimiento más que como garante de la verdad.

Posiblemente, esta visión podría tener una justificación para no convertir al profesional de la biblioteca como el responsable de la censura de un libro. Aún así, la cantidad de desinformación (y calidad, como comentaremos más adelante) que ha circulado durante la crisis de la COVID-19 y la facilidad y viralización con la que llega a los usuarios hace creer que es más necesario que nunca tomar un papel activo. En este sentido, comparar por ejemplo con lo sucedido en los medios de comunicación. Durante mucho tiempo, las *fake news* y la desinformación (e incluso la información sobre la extrema derecha) tuvieron un papel menor, como de mal que no hacía falta mentar, en el sentido que no aparecía la verificación del bulo para no amplificar posiblemente el efecto de su difusión. Ello tuvo dos consecuencias. En primer lugar, una cierta disonancia entre lo que se podía leer en los medios y lo que leía o recibía la ciudadanía en sus redes sociales en todo momento, con lo cual podía parecer que los medios no informaban de lo que realmente estaba pensando, haciendo incluso más plausible las teorías conspiracionistas y negacionistas que contemplaban que no se estaba explicando la verdad de lo que sucedía.

Por otra parte, los medios de comunicación se dieron cuenta que apareció un nuevo actor, los agentes de verificación o verificadores, que se dedicaban únicamente (en aquel momento, al menos) a desmentir los bulos que estaban teniendo lugar. Así pues, los medios tradicionales explicaban lo que acontecía mientras los verificadores luchaban contra la desinformación. Como principales efectos, Maldita.es y Newtral a nivel español, que ocuparon un vacío entonces existente como han estudiado diversos autores en la bibliografía (Bernal-Triviño & Clares-Gavilán, 2019; Magallón-Rosa, 2018, p. 44; Molina-Cañabate & Magallón-Rosa, 2020). Poco a poco sin embargo, los medios fueron entendiendo que debían tratar también los bulos, los negacionismos y las teorías de la conspiración en sus noticias, a la vez que podían ofrecer una capa de profundidad y contexto. Incluso en este ámbito ha habido debate sobre si se debe tener un papel intermedio entre el bulo y la verdad, dejando que el lector sea el que, con su nivel de alfabetización, pueda filtrar adecuadamente. Como en el caso de la COVID-19 o las vacunas hablamos de información muy técnica, se ha tomado cada vez más el camino de no presentar los dos tipos de información como un balance, sino presentar claramente cuál es el bulo, sus efectos y sus mentiras.

En este sentido, las bibliotecas, tanto las públicas como las universitarias deberían tomar partido y dar un paso hacia adelante, incluso dos o tres, que las permita ser un actor claro en el ecosistema de verificación en la lucha contra la desinformación, no únicamente un espacio donde aprender a verificar, que también, como comentaremos más adelante. Así, sería entender como política de información cualquier foro sobre la desinformación y presentarse como actor en el análisis y la búsqueda de soluciones.

### **Se necesitan múltiples aproximaciones y posiciones hacia la desinformación ante la incertidumbre**

El tratamiento informativo de la COVID-19 nos ha permitido comprobar cómo la desinformación tiene muchas aristas y, sobre todo, no existe una única solución ni un único actor responsable de su eliminación. Lo que sí se ve, crisis tras crisis de información, es que es la coordinación de actores y las múltiples aproximaciones hacia la desinformación las que pueden tener una mayor capacidad de solución. Así lo ha entendido por ejemplo la Comisión Europea que publicó en 2018 el informe “La lucha contra la desinformación en línea: un enfoque europeo”, que ya presentaba un análisis profundo y diverso y recogía la necesidad de que diversos actores trabajaran de forma

coordinada. Ello llevó al código de buenas prácticas en materia de desinformación que poco a poco las principales redes sociales y plataformas (como Twitter, Facebook o Google) fueron firmando y asumiendo los compromisos que conllevan. Códigos y protocolos claros es lo que permitió, por ejemplo a las redes sociales ser ágiles en el análisis de la infodemia y ya el 17 de marzo de 2020 Facebook, Google, LinkedIn, Microsoft, Reddit, Twitter y Youtube hicieron una declaración conjunta que puede verse en la figura 1 (López-Borrull, 2020c).

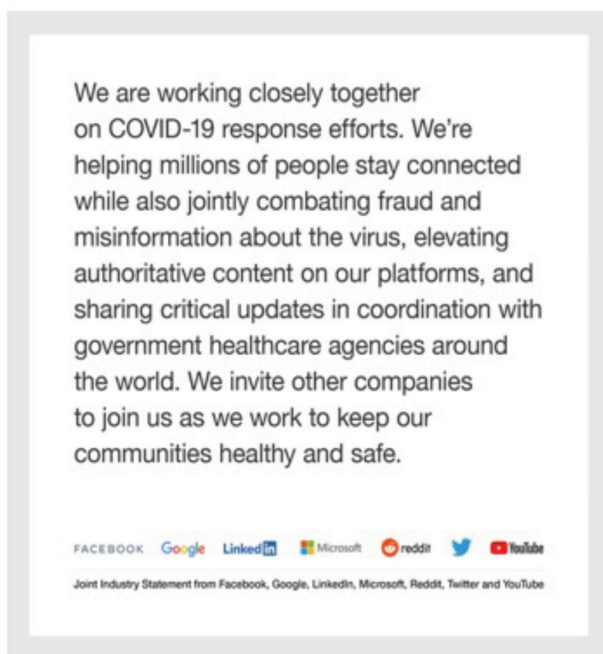


Figura 1. Declaración conjunta el 17 de marzo de 2020 de distintas plataformas y redes sociales en relación a la desinformación. Fuente: <https://twitter.com/fbnewsroom/status/1239703497479614466>

A su vez, los intentos de propuestas de solución basadas en algoritmos para la detección de *fake news* por parte de las plataformas también han planteado distintos problemas por lo que se opta por mecanismos híbridos de curación de contenidos, de forma que los posibles sesgos, el ruido producido por la polarización política o bien los bulos locales con alta capacidad de desinformar localmente aunque pueda no ser suficientemente visible para un algoritmo. En este sentido, una aproximación únicamente tecnológica puede ser pernicioso per se, y es necesaria que sea una propuesta más de resolución.

Finalmente, como ya trataremos en el siguiente apartado el tema de la alfabetización como propuesta de solución a medio y largo plazo, quisiera también citar la importancia de la aproximación legal. Sin duda, uno de los aspectos más complejos en relación a la desinformación de tipo electoral en relación a elecciones y referéndums viene dado por la gran intensidad de bulos en poco tiempo y la importancia del contexto y la presión del tiempo para poder verificar una noticia que puede ser crítica en medio de la campaña electoral por sus efectos, pero que una semana después de las elecciones puede no ser tan relevante por cuanto la capacidad de crear un estado de opinión podía ser crucial el día de la votación y sólo en ese momento. Los estados ya tenían un debate sobre cómo legislar ante la desinformación en su equilibrio ante el resto de derechos, deberes y libertades sobre los cuáles ya legislaba, pero la desinformación a gran escala y el interés general (y no el particular de un afectado en relación al honor y la intimidad) en relación por ejemplo a la COVID-19 y la infodemia parece no tener un tratamiento adecuado.

Sea cual sea la aproximación ante la desinformación, las bibliotecas y sus asociaciones (de entidades o bien de profesionales) deben tener una presencia activa en tantos foros como sea posible. Nuestra visión oportuna como intermediarios de contenidos ante los usuarios con una visión ética y moral debería permitirnos aportar de forma adecuada una voz prevalente en la defensa de los derechos de los usuarios y los deberes de estados, plataformas y autores para que la desinformación se vea frenada. También me parece muy relevante que las bibliotecas sean espacios donde aprender a entender cómo las plataformas y redes sociales ocupan un papel central en nuestra sociedad casi como intermediarios necesarios en nuestro acceso a la información y su consumo, no únicamente como espacios donde los usuarios primero se informan (Lopez-Borrull et al., 2018), sino también por las consecuencias de su uso y disfrute. Así, hemos pasado de una visión optimista a ultranza en las ventajas de la presencia en las redes sociales a un cierto escepticismo en relación a aspectos como evidentemente la desinformación, pero también el discurso del odio, la privacidad o la venta de nuestros datos en un negocio de ingentes beneficios. Todo ello con herramientas creadas en este mismo siglo, algunas de las cuales ya desaparecidas como MySpace y otras aparecidas muy recientemente, como TikTok.

### **No hace falta “una” alfabetización, sino alfabetizaciones múltiples**

Uno de los principales aspectos que aparecen habitualmente en el análisis sobre la desinformación y las fake news y de qué manera es posible



atacar sus efectos y consecuencias tienen que ver con la importancia de una mayor alfabetización en la sociedad. Como describió Gómez-Hernández (2007), aunque el concepto de information literacy ya aparece a mediados de los 70, es la llegada de Internet y la consolidación de los estudios universitarios en Biblioteconomía y Documentación los que aportan una visión más clara de la relación del colectivo de las bibliotecas y la alfabetización entonces informacional o digital, tal como también Bawden (2002) diferenció a nivel conceptual. Posteriormente, autores como Lee y So (2014) han diferenciado claramente la alfabetización mediática de la informacional y abogan por la colaboración de las dos visiones para responder al reto presente en la sociedad.

Ante la ingente cantidad de información que campa a sus anchas por Internet las capas de alfabetización y sus propuestas para que la sociedad y los usuarios desarrollen competencias y pensamiento crítico para ser capaces de discernir aquello que es cierto de lo que no es, las bibliotecas tienen una nueva posibilidad para ganar centralidad. En relación a la alfabetización mediática que los medios y facultades de periodismo llevan años defendiendo, la buena valoración de los servicios bibliotecarios debería ser suficiente para crear colaboraciones con diversas entidades que permitan avanzar en cursos y formaciones interdisciplinarias. En este sentido, pues, aprovechar una mejor reputación de las bibliotecas que del colectivo de los medios, tal como hemos apuntado (McNair, 2017). Es, pues, interesante e inteligente promover acciones y sinergias que permitan potenciar dicha visión. Por ejemplo, poner en valor iniciativas como la Plataforma per a l'Educació Mediàtica, promovida por el Consell de l'Audiovisual de Catalunya (la autoridad independiente de regulación de la comunicación audiovisual de Catalunya), y que incluye por ejemplo tanto el Col·legi de Bibliotecaris-Documentalistes de Catalunya como el Col·legi de Periodistes de Catalunya.

Pero, además, ahondando en la idea de las múltiples alfabetizaciones, parece importante valorar el equilibrio necesario de aquella idea de la cooperación que distingue entre dar el pescado y enseñar a pescar. De forma paralela, se podría distinguir en la necesidad de acciones que permitan ofrecer formaciones para que los usuarios aprendan a verificar, pero también posibles servicios de verificación directa. Éstos podrían ser interesantes en ciudades o regiones con una elevada circulación de bulos en relación a colectivos inmigrantes, violencia de género o polarización política. Es decir, en ámbitos donde la confianza que los servicios bibliotecarios ofrecen para luchar contra la desinformación de corto recorrido, bulos locales que a veces pueden ser los que más daño hacen a determi-

nadas comunidades, puesto que no son verificados en redes sociales o medios, pero que la biblioteca podría usar para consolidar su papel como nodo social.

Además, en relación a las alfabetizaciones, parece también oportuno consolidar la idea de que las alfabetizaciones cada vez son más complejas. A diferencia de hace unos años, visiones como el gobierno abierto o los portales de datos abiertos requieren de una ciudadanía que cada vez posea más competencias en el manejo, gestión y análisis de datos para entender el contexto. Así, somos capaces de acceder a los datos de los sueldos de determinados colectivos (políticos, deportistas, etc.), ¿pero somos capaces de poner el contexto de lo que implican? En una sociedad donde los datos parecen argumentos arrojados en debates electorales, no sólo es importante si son o no verdad, sino las implicaciones y el contexto que deben tener.

Por último, la COVID-19 también nos ha mostrado la importancia de un nuevo tipo de alfabetización importante para entender la información y el conocimiento ante el cual encontramos información, y sería cuál es el valor de un preprint, de un artículo revisado o qué es una revista depredadora. Es por ello que lo que llamamos *fake science* como la presencia de desinformación y contenidos falsos en publicaciones aparentemente científicas ha tenido un valor a lo largo de toda la crisis de la COVID-19 (López-Borrull, 2020b), pero también anteriormente en relación a artículos que relacionan el autismo con las vacunas, por ejemplo. Así, pues lo que podemos denominar alfabetización científica, que entienda el método científico pero también las formas que usa la ciencia para validar y difundir conocimiento, más en un momento donde el acceso abierto y la ciencia abierta abren y permiten el acceso a todo tipo de contenido científico.

### **El difícil reto ante bulos en forma de productos audiovisuales de alta calidad**

Otro de los aprendizajes que ha tenido la infodemia de la COVID-19 ha sido comprobar cómo la desinformación, igual que los gases, llena los espacios a los que la ciencia no es capaz de dar respuesta. Así, en los momentos más duros de la primera ola de la COVID-19, cuando había más preguntas que respuestas, empezaron los primeros bulos. Estudios como el de Masip et al. (2020) y Salaverría (2021) en el caso español permitieron ver

la dificultad inicial para discernir los principales bulos en relación a la COVID-19. Por mi parte, pude estudiar los relacionados con el origen o el efecto del 5G y permitió ver cómo las redes sociales, especialmente Whatsapp pero no únicamente, se llenaban de teorías negacionistas y conspiracionistas (López-Borrull, 2020a). De aquellos barro, estos lodos. Así, la explicación sencilla y fácil (nos engañan) ante situaciones complejas. O dicho de otro modo, en río revuelto, ganancia de negacionistas. Anastasiades et al. (2021) han explicado acertadamente las implicaciones psicológicas de la desinformación en relación a la COVID-19.

Así, teorías y explicaciones que en condiciones normales permanecen en la periferia llegaron a las clases medias por la puerta de atrás, por sus contactos, ante los cuáles a menudo era más difícil discernir el bulo de la verdad, por cuanto se cree que el otro ya lo ha verificado. Más allá de los mecanismos psicológicos para creer los bulos, según mi punto de vista otro de los elementos importantes a considerar sobre todo por el papel que pueden jugar las bibliotecas es la calidad de los contenidos virales como expresión de las teorías negacionistas. Así, no estamos hablando de memes, noticias torticeras en un medio con múltiples elementos de clickbait, sino de documentales con calidad y plausibilidad. Es la combinación de los dos elementos los que desde mi visión es más preocupante.

Así, por ejemplo, el documental *Plandemic*, que aunque en estos momentos es muy difícil localizarlo ya en canales de Youtube se hizo exageradamente viral (Nazar & Pieters, 2021). Por su parte, Kearney et al. (2020) estudiaron por ejemplo su viralización vía twitter y vieron cómo de importante fue su difusión. Así se reunían los siguientes elementos: un documental en inglés, con subtítulos, con presencia de médicos y científicos, con un par o tres de ideas fuerza repetidas en todo el documental, un envoltorio perfecto para un teoría negacionista, ecos de la cual aún pueden escucharse al haber incorporado la vacunación dentro de las explicaciones de que la COVID-19 ha sido “planificada”.

El problema con este tipo de recursos se basa en el hecho de que estamos hablando de contenidos de formato de calidad, con plausibilidad (añaden elementos ciertos en la construcción de un relato falso), con dificultad para encontrar contenidos que lo desmienten claramente (sobre todo en el momento en el que te llegan) y en el cual la apelación al miedo y los instintos primarios de protección de tus seres queridos hace que fomente la viralización. Sin duda, una tormenta perfecta. Además, dado el nivel de especialización de la información científica que contiene, parece difícil por parte de no especialistas la verificación de los contenidos. Es por ello que este tipo de pro-

ductos son un reto para las bibliotecas, pero también una oportunidad para aprender de la mano de tu comunidad para verificar contenidos presentes en Internet, ya sea en forma de talleres, donde un usuario pueda aportar su conocimiento y actuar de forma colaborativa.

### **Agendas políticas polarizadas en el marco de la desinformación**

En la actualidad, uno de los campos más interesantes y complejos de estudio es la correlación entre la polarización, las plataformas y redes sociales y la difusión de *fake news* y desinformación en general. De la cantidad de estudios publicados, emerge una idea común por la que se propone que son las redes sociales las que conducen a la polarización y que las cámaras de eco como ecosistema cerrado e impermeable hacen que la información (y la desinformación) realmente continuamente nuestra determinada dieta informativa. Así, recientemente Rhodes (2021) ha descrito un experimento por el cual los individuos que tenían acceso a una dieta informativa más plural eran capaces de discernir mejor la presencia de *fake news*. Por su parte, trabajo como el de Cinelli et al. (2021) han permitido también ver que no todas las redes sociales se comportan de la misma forma, y que los mecanismos de realimentación, recomendación y propuestas de contenidos marcan la existencia o no de las cámaras de eco y la dificultad para prevenir el consumo de desinformación.

Aún así, en la muy relevante revisión bibliográfica llevada a cabo por Arguedas et al. (2021) en un informe del Reuters Institute for the Study of Journalism sugiere sin embargo que las cámaras de eco son mucho menos generalizadas de lo que se supone de forma habitual, y ofrece menos consenso sobre el papel de las noticias y uso de los medios para contribuir a la polarización. De alguna manera, el debate creo que se sitúa en relación a la polarización y las redes sociales en si primero fue el huevo o la gallina, es decir, si la polarización encuentra una expresión en las redes, o si las redes son las principales causantes (por los mecanismos de consumo de información).

A todo ello, creo que es importante el papel de las bibliotecas como actor para la promoción y consumo de una dieta informativa rica y plural. Para ello, es necesario que existan fondos, prensa que la fomenten, pero también por sí solo no es suficiente, y se valora como relevante que puede ayudar a la ciudadanía, los usuarios a entender y describir mejor los usos que se hacen de las redes sociales, sobre todo de todas aquellas herra-

mientas, notificaciones y permisos que pueden ayudar a dar un consumo más responsable de los contenidos.

### **Coocurrencias de desinformación, ¿capas concéntricas de desinformación?**

En el ámbito de la salud pública se tiene muy presente que habrá que evaluar de forma crítica todo aquello que ha sucedido y las decisiones que se han ido tomando en relación a la crisis sanitaria, sobre todo por lo que se refiere a cómo estar preparados si vuelve a suceder algo similar. Por lo que respecta a la desinformación, aún parece más claro que después de la infodemia de la COVID-19 habrá que considerar si todos los actores estuvieron acertados, sobre todo administraciones y redes sociales, pero también si estaremos preparados para nuevas olas de desinformación, aunque no sean como en este caso de tipo global.

Parece pues oportuno considerar lo que podemos llamar la coocurrencia de desinformación o teorías negacionistas concéntricas. En este sentido, el ámbito más parecido en lo que se refiere al uso intensivo de conocimiento científico sería el problema de la crisis climática producida por el cambio climático. Hace años que se está estudiando, sobre todo en los Estados Unidos, donde es posible encontrar patrones ideológicos, sobre todo en la derecha más rural, en el cual se niega el cambio climático y la propia existencia de la COVID-19. Estudios como los de van der Linden et al. (2017) o Treen et al. (2020) ya avanzan algunas de las cuestiones y aspectos a considerar sobre la desinformación del cambio climático. Ambos sitúan también la existencia de actores organizados interesados en la negación de la propuesta científica. No parece casual el papel del propio presidente Trump, el gran paradigma de la desinformación respecto no sólo al cambio climático sino también respecto la opinión científica de expertos como Anthony Fauci, aunque éste fuera su principal asesor en los peores momentos de la crisis sanitaria. Incluso Porter et al. (2019) se plantearon si existía una forma de corregir la desinformación lanzada por el propio mensaje presidencial. Autores como Abellán-López (2021) abogan por una alfabetización climática para contrarrestar los bulos en este ámbito.

Aunque es evidente que la crisis climática va ser uno de los retos a futuro y el papel de la ciencia va a ser crucial para tomar las decisiones y sacrificios individuales y colectivos que parece que serán necesarios, otro tipo de bulos y negaciones están teniendo lugar a la vez, de forma que quizá no son fenómenos aislados. En particular, el papel que la ultraderecha

y la utilización y presencia en las principales manifestaciones negacionistas. Así, además del problema del mensaje de odio a colectivos, también se puede añadir el acoso al feminismo, la negación de la violencia de género (Herrero-Diz et al., 2020) e incluso la negación del Holocausto.

En este sentido, pues, la existencia de focos de desinformación en determinadas comunidades puede apuntar la existencia de una cierta agenda más o menos oculta de los movimientos ultras para ganar visibilidad y centralidad y llegar a oídos que en condiciones normales no hubieran escuchado sus mensajes. Y aquí de nuevo la biblioteca tiene una oportunidad como nodo y parte del tejido asociativo de su comunidad para tener un termómetro activo de distintos tipos de desinformación y dudas que puedan aparecer en determinados colectivos para saber qué tipos de fondos, talleres y formaciones podría incorporar para luchar contra mitos y leyendas urbanas que en muchos casos podrían ser la puerta de entrada para mensajes de odio, en especial para los colectivos más frágiles por edad o condición sociodemográfica.

### **Necesidad de nuevas competencias para el profesional de la información en relación a la desinformación**

Algunos de los aprendizajes que la pandemia permite valorar van ligados a las competencias de los distintos profesionales de la información y también la comunicación. Es decir, sostener que las bibliotecas son un entorno natural de la lucha contra la desinformación no implica que ello sea automático. ¿Pueden el colectivo bibliotecario con sus competencias actuales verificar y ayudar a verificar las *deepfake*? Un recorrido por la bibliografía que se está publicando actualmente sobre la detección automática de vídeos *deepfake* (vídeos de contenido falso creados con inteligencia artificial) muestra que se validan más algoritmos y bibliotecas en Python que en entornos bibliotecarios. La dependencia de conocimientos cada vez más tecnológicos parecería alejar a las bibliotecas o a su colectivo profesional.

Sin duda, pues, el colectivo de profesionales de la información tiene su valor en la creación de algoritmos o aproximaciones tecnológicas o bien en su aproximación en lo que llamamos curación de contenidos, el filtro de contenidos en Internet que permiten aportar valor a la vez que la se añade la posibilidad de filtrar información y contenidos falsos (López-Borrull & Ollé, 2019), tal como se expresa en la siguiente figura:

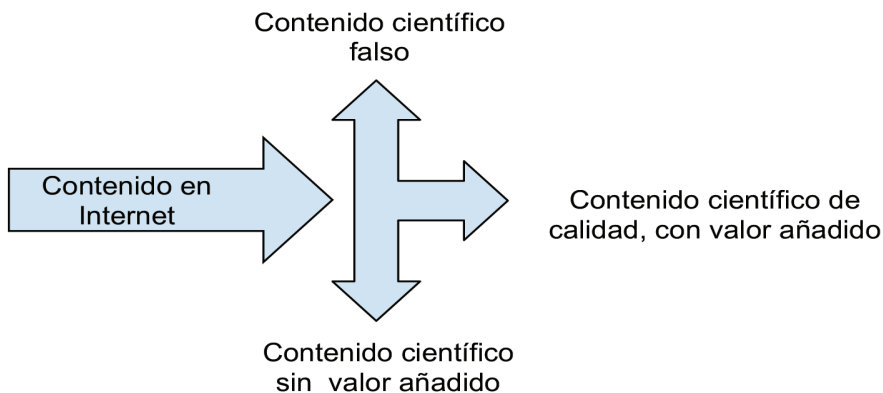


Figura 2. Proceso de curación de contenidos científicos (López-Borrull & Ollé, 2019)

En este sentido, Guallar y Codina (2020) han reflexionado acertadamente sobre el proceso de curación de contenidos y lo que tradicionalmente había sido la documentación informativa de formación para periodistas. En este ámbito, el papel de las bibliotecas como entornos para promover, formar y hacer curación de contenidos en las redes sociales es importante, de forma que nuevos servicios de información digital podrían ser ofrecidos. Ello es evidente, según mi punto de vista en lo que se refiere al uso de las redes sociales en las bibliotecas. ¿Han sido usadas para la verificación de bulos, incluso en la época en las cuales las bibliotecas estaban cerradas? Posiblemente cuando los contenidos estaban en las redes sociales, sobre todo en el confinamiento, la propia novedad hizo que no hubiera un papel verificador o creador de contenidos de alto valor para luchar contra la desinformación. Podría ser un posible proyecto o competencias que las bibliotecas podrían asumir en función de la realidad sociodemográfica de su comunidad de usuarios.

### **Necesidad de más ciencia abierta, no más ruido documental**

Anteriormente hemos tratado la importancia de la alfabetización científica y de los fundamentos principales de la comunicación y divulgación científica como elementos para la comprensión del conocimiento presente en la red. Sin duda, la pandemia de la COVID-19 ha permitido comprobar cómo la aceleración de la compartición de conocimiento redundaba en una mejor gestión de salud pública, pero también de cómo la ciencia era capaz

de aprender y dar respuestas a las incertidumbres de cada momento. En este caso, la compartición de datos y artículos en abierto han servido para validar que una ciencia más abierta tiene más ventajas que inconvenientes. Autoras como Méndez (2021) validan que la nueva normalidad debe incorporar también lo aprendido en relación a la compartición de conocimiento científico y no volver atrás. Por su parte, Abadal (2021) ya contextualiza la dificultad de la adaptación al nuevo paradigma. Asimismo, parece oportuno calibrar si el auge de los preprints ha permitido subsanar el problema del acceso a contenidos de pago permitiendo la compartición de artículos sin pasar un proceso de revisión (Majumder & Mandl, 2020).

En este sentido, precisamente en un entorno cada vez más científico parece adecuado que también las bibliotecas públicas adopten el paradigma de la ciencia abierta y de alguna forma u otra se planteen un paso adelante. De hecho recientemente justificaba que la ciencia abierta es una excelente herramienta para la lucha contra la desinformación, aunque no sea su principal motivación (López-Borrull, 2021). Es decir, dentro de los motivos y escuelas que llevan al concepto y la necesidad de una ciencia más abierta y que describieron de forma muy acertada Fecher y Friesike (2014), la desinformación, sobre todo de tipo científico, no era una de las motivaciones. La infodemia producida por la COVID-19, con teorías conspiracionistas y negacionistas del método científico, de las vacunas y los consensos en investigación es un cambio por el cual la ciencia toma un papel más central en la ayuda a la toma de decisiones.

Por tanto, la ciencia abierta debe ser una camino a seguir que permita una óptima compartición de contenido. A ello, añadimos la visión de la Responsible Research & Innovation (RRI), que valora que el papel de la ciencia y la investigación debe considerarse y hacer "con y para la sociedad". Estos dos escenarios y conceptos sitúan en una situación perfecta las bibliotecas para apoyar muchas iniciativas que tienen lugar.

En este sentido, es importante destacar que no estamos únicamente hablando de las bibliotecas universitarias, sino que también incluimos las públicas pero también las especializadas. Sí, la ciencia abierta tiene la habilidad de incluir aspectos muy especializados como la evaluación de la ciencia, pero también la ciencia ciudadana, es decir, la participación e involucración de ciudadanos en los proyectos de investigación (Ferran-Ferrer, 2015). Ello permite ahondar en la idea de la biblioteca, ya sea pública o universitaria, como laboratorios de relación entre comunidades de usuarios para la compartición de conocimiento. Sin duda, una oportunidad de centralidad de las bibliotecas (McPhee et al., 2018).



## Conclusiones

Se han presentado ocho aspectos clave de la primera infodemia global que considero que podría llevar a las bibliotecas a plantear qué papel pueden o deberían jugar contra la desinformación, que de hecho ataca aquello clave en su misión, la información de calidad. Así, podría darse la paradoja de disponer de grandes fondos en sus paredes, mientras los usuarios conectados a la wifi están consumiendo y difundiendo desinformación, incluso creándola. Es por ello que considero que las bibliotecas deben plantearse algunas de las acciones que pueden derivar de estos aspectos:

- Las bibliotecas y los profesionales de la información deben tener un papel activo en la lucha contra la desinformación. A nivel colectivo, implica que las asociaciones de profesionales pero también las redes de bibliotecas, públicas o universitarias, deberían crear grupos de trabajo para la compartición de buenas prácticas así como de proyectos de colaboración que permitan acometer objetivos ambiciosos.
- La desinformación es una nueva oportunidad para que cada biblioteca sea un nodo crítico de conocimiento con valor en su ecosistema, tanto a nivel territorial como a nivel de su tejido asociativo, un altavoz desde el cual ayudar a verificar bulos locales que puedan atentar contra la convivencia, colectivos o minorías.
- Por instalaciones y competencias de sus profesionales las bibliotecas deberían tener un papel proactivo en la oferta de formación de capacidades de verificación pero también de creación de pensamiento crítico entre la ciudadanía.
- Las bibliotecas deben ser para la ciudadanía un actor activo y de contraposición para entender y ayudar a entender los flujos de información y conocimiento en Internet y en especial en las redes sociales en aspectos como la privacidad y la curación de contenidos. Así, en el siempre difícil equilibrio entre derechos y deberes, encontrar los espacios para que la libertad de expresión y el no derecho a desinformar, del mismo modo que siempre ha sabido encontrar el tono entre el derecho al acceso a la información de los usuarios y los derechos de autor de los creadores, aunque en algunos momentos sobre todo al inicio de Internet ello implicara una posición difícil.

Como compendio de todas estas recomendaciones, podríamos considerar que existe una reflexión acerca de si las bibliotecas pueden retomar de nuevo un papel central en la intermediación entre usuarios y el conocimiento, de la misma forma que los medios de comunicación se replantean su papel a futuro en base a la desinformación, incluso valorando que las *fake news* pueden ser una crisis para crear nuevos modelos de periodismo. A nivel bibliotecario, parece pues también muy oportuno plantear la presencia activa en todo foro que se hable de la desinformación. Así como la información y el conocimiento han sido tradicionalmente nuestra materia prima, la desinformación, el lado oscuro, debe ser también una prioridad y debemos ser referencia y grupo de interés a la hora de afrontar nuevos retos. En una época de posverdad, los ciudadanos deben interrogarse qué papel dan a la verdad y los hechos en su toma de decisiones diarias y cómo afrontan los hechos que no cuadran con sus propias creencias y sesgos. Sería oportuno, en definitiva y como conclusión, que la profesión bibliotecaria hiciera lo mismo en relación a la desinformación y tomarlo como algo propio que complementa de forma adecuada todo aquello correcto que siempre se ha llevado a cabo.

## Bibliografía

- Abadal, E. (2021). Ciencia abierta: un modelo con piezas por encajar. *Arbor*, 197(799), a588–a588. <https://doi.org/10.3989/arbor.2021.799003>
- Abellán-López, M. Á. (2021). El cambio climático: negacionismo, escepticismo y desinformación. *Tabula Rasa*, 37, 283–301. <https://doi.org/10.25058/20112742.n37.13>
- Anastasiades, E., Argyrides, M., & Mousoulidou, M. (2021). Misinformation about COVID-19: Psychological Insights. *Encyclopedia*, 1(4), 1200–1214. <https://doi.org/10.3390/encyclopedia1040091>
- Anderson, R. (2017). Fake news and alternative facts: five challenges for academic libraries. *Insights*, 30(2), 4–9. <https://doi.org/10.1629/uksg.356>
- Arguedas, A. R., Robertson, C. T., Fletcher, R., & Nielsen, R. K. (2021). *Echo Chambers, Filter Bubbles, and Polarisation: a Literature Review*. The Royal Society. [https://reuters-institute.politics.ox.ac.uk/sites/default/files/2022-01/Echo\\_Chambers\\_Filter\\_Bubbles\\_and\\_Polarisation\\_A\\_Literature\\_Review.pdf](https://reuters-institute.politics.ox.ac.uk/sites/default/files/2022-01/Echo_Chambers_Filter_Bubbles_and_Polarisation_A_Literature_Review.pdf)
- Bawden, D. (2002). Revisión de los conceptos de alfabetización informacional y alfabetización digital. *Anales de Documentación*, 5, 361–408. <https://revistas.um.es/anales-doc/article/view/2261>
- Bernal-Triviño, A., & Clares-Gavilán, J. (2019). Uso del móvil y las redes sociales como canales de verificación de fake news. El caso de Maldita.es. *Profesional de la Información*, 28(3). <https://doi.org/10.3145/epi.2019.may.12>

- Caridad-Sebastián, M., Morales-García, A.-M., Martínez-Cardama, S., & García-López, F. (2018). Infomediación y posverdad: el papel de las bibliotecas. *Profesional de la Información*, 27(4), 891–898. <https://doi.org/10.3145/epi.2018.jul.17>
- Castells, M. (2004). *Informationalism, networks, and the network society: a theoretical blueprint* (M. Castells (ed.); pp. 3–45). Edward Elgar Publishing. [https://econpapers.repec.org/bookchap/elgeechap/3203\\_5f1.htm](https://econpapers.repec.org/bookchap/elgeechap/3203_5f1.htm)
- Cinelli, M., Morales, G. D. F., Galeazzi, A., Quattrociocchi, W., & Starnini, M. (2021). The echo chamber effect on social media. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 118(9). <https://doi.org/10.1073/pnas.2023301118>
- Comisión Europea. (2018). *La lucha contra la desinformación en línea: un enfoque europeo*. COM(2018) 236. <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/HTML/?uri=CELEX:52018DC0236&from=EN>
- Fecher, B., & Friesike, S. (2014). Open Science: One Term, Five Schools of Thought. In S. Bartling & S. Friesike (Eds.), *Opening Science: The Evolving Guide on How the Internet is Changing Research, Collaboration and Scholarly Publishing* (pp. 17–47). Springer International Publishing. [https://doi.org/10.1007/978-3-319-00026-8\\_2](https://doi.org/10.1007/978-3-319-00026-8_2)
- Ferran-Ferrer, N. (2015). Volunteer participation in citizen science projects. *Profesional de la Información*, 24(6), 827–837. <https://doi.org/10.3145/epi.2015.nov.15>
- Gómez-Hernández, J.-A. (2007, February 8). Alfabetización informacional. Cuestiones básicas. *Anuario ThinkEPI*, 43–50. <http://eprints.rclis.org/8743/1/Anuario-ThinkEPI-2007-Gomez-Hernandez-Alfin.pdf>
- Guallar, J., Codina, L., Freixa, P., & Pérez-Montoro, M. (2020). Desinformación, bulos, curación y verificación. Revisión de estudios en Iberoamérica 2017-2020. *Telos: Revista de Estudios Interdisciplinarios En Ciencias Sociales*, 22(3), 595–613. <https://doi.org/10.36390/TELOS223.09>
- Hao, K., & Basu, T. (2020). The coronavirus is the first true social-media “infodemic.” In *MIT Technology Review*. <https://www.technologyreview.com/2020/02/12/844851/the-coronavirus-is-the-first-true-social-media-infodemic/>
- Herrero-Diz, P., Pérez-Escolar, M., & Sánchez, J. F. P. (2020). Desinformación de género: análisis de los bulos de Maldito Feminismo. *Revista ICONO 14. Revista científica de Comunicación y Tecnologías emergentes*, 18(2), 188–216. <https://doi.org/10.7195/ri14.v18i2.1509>
- Kearney, M. D., Chiang, S. C., & Massey, P. M. (2020). The Twitter origins and evolution of the COVID-19 “plandemic” conspiracy theory. *Harvard Kennedy School Misinformation Review*, 1(3). <https://doi.org/10.37016/mr-2020-42>
- Lee, A., & So, C. (2014). Alfabetización mediática y alfabetización informacional: similitudes y diferencias. *Comunicar: Revista Científica de Comunicación y Educación*, 21(42), 137–146. <https://doi.org/10.3916/C42-2014-13>
- López-Borrull, A. (2020a). *Bulos científicos: de la tierra plana al coronavirus*. OBERON.
- López-Borrull, A. (2020b). Fake news e infodemia científica durante la Covid-19, ¿dos caras de la misma crisis informacional? *Anuario ThinkEPI*, 14. <https://doi.org/10.3145/thinkepi.2020.e14e07>
- López-Borrull, A. (2020c). “Fake news” y coronavirus (y II): las redes sociales ante la desinformación. *COMeIN*, 99. <https://doi.org/10.7238/c.n99.2036>
- López-Borrull, A. (2021). ¿Es la ciencia abierta una respuesta válida para la lucha contra la desinformación científica? *Anuario ThinkEPI*, 15. <https://doi.org/10.3145/thinkepi.2021.e15e06>

- López-Borrull, A., & Ollé, C. (2019). La curación de contenidos como respuesta a las noticias y a la ciencia falsas. *Anuario ThinkEPI*, 13. <https://doi.org/10.3145/THINKEPI.2019.E13E07>
- Lopez-Borrull, A., Vives-Gràcia, J., & Badell, J.-I. (2018). Fake news, ¿amenaza u oportunidad para los profesionales de la información y la documentación? *Profesional de la Información*, 27(6), 1346–1356. <https://doi.org/10.3145/epi.2018.nov.17>
- Magallón-Rosa, R. (2018). Nuevos formatos de verificación. El caso de Maldito Bulo en Twitter. *Sphera Publica*, 1(18), 41–65. <https://sphera.ucam.edu/index.php/sphera-01/article/view/341>
- Majumder, M. S., & Mandl, K. D. (2020). Early in the epidemic: impact of preprints on global discourse about COVID-19 transmissibility. *The Lancet Global Health*, 8(5), e627–e630. [https://doi.org/10.1016/S2214-109X\(20\)30113-3](https://doi.org/10.1016/S2214-109X(20)30113-3)
- Martínez-Cardama, S., & Algora-Cancho, L. (2019). Lucha contra la desinformación desde las bibliotecas universitarias. *Profesional de la Información*, 28(4). <https://doi.org/10.3145/epi.2019.jul.12>
- Masip, P., Aran-Ramspott, S., Ruiz-Caballero, C., Suau, J., Almenar, E., & Puertas-Graell, D. (2020). Consumo informativo y cobertura mediática durante el confinamiento por el Covid-19: sobreinformación, sesgo ideológico y sensacionalismo. *Profesional de la Información*, 29(3). <https://doi.org/10.3145/epi.2020.may.12>
- McNair, B. (2017). *Fake News: Falsehood, Fabrication and Fantasy in Journalism*. Routledge.
- McPhee, C., Leminen, S., Schuurman, D., Westerlund, M., & Huizingh, E. (2018). Editorial: Living Labs (December 2018). *Technology Innovation Management Review*, 8(12), 3–6. <https://doi.org/http://doi.org/10.22215/timreview/1200>
- Méndez, E. (2021). Open Science por defecto. La nueva normalidad para la investigación. *Arbor*, 197(799), a587–a587. <https://doi.org/10.3989/arbor.2021.799002>
- Molina-Cañabate, J.-P., & Magallón-Rosa, R. (2020). Desinformación y periodismo científico. El caso de Maldita Ciencia. *Revista Mediterránea de Comunicación*, 11(2), 11–21. <https://doi.org/10.14198/MEDCOM2020.11.2.4>
- Nazar, S., & Pieters, T. (2021). Plandemic Revisited: A Product of Planned Disinformation Amplifying the COVID-19 “infodemic.” *Frontiers in Public Health*, 9. <https://www.frontiersin.org/article/10.3389/fpubh.2021.649930>
- Porter, E., Wood, T. J., & Bahador, B. (2019). Can presidential misinformation on climate change be corrected? Evidence from Internet and phone experiments. *Research & Politics*, 6(3), 2053168019864784. <https://doi.org/10.1177/2053168019864784>
- Revez, J., & Corujo, L. (2021). Librarians against fake news: A systematic literature review of library practices (Jan. 2018–Sept. 2020). *The Journal of Academic Librarianship*, 47(2), 102304. <https://doi.org/10.1016/j.acalib.2020.102304>
- Rhodes, S. C. (2021). Filter Bubbles, Echo Chambers, and Fake News: How Social Media Conditions Individuals to Be Less Critical of Political Misinformation. *Political Communication*, 0(0), 1–22. <https://doi.org/10.1080/10584609.2021.1910887>
- Rochlin, N. (2017). Fake news: belief in post-truth. *Library Hi Tech*, 35(3), 386–392. <https://doi.org/10.1108/LHT-03-2017-0062>
- Salaverría-Aliaga, R. (2021). *Entender y combatir la desinformación sobre ciencia y salud*. Ministerio de Ciencia e Innovación. <https://hdl.handle.net/10171/60223>

- Treen, K. M. d'I., Williams, H. T. P., & O'Neill, S. J. (2020). Online misinformation about climate change. *WIREs Climate Change*, 11(5), e665. <https://doi.org/10.1002/wcc.665>
- Van der Linden, S., Leiserowitz, A., Rosenthal, S., & Maibach, E. (2017). Inoculating the Public against Misinformation about Climate Change. *Global Challenges*, 1(2), 1600008. <https://doi.org/10.1002/gch2.201600008>

